

modo se engendrará en nuestro entendimiento alguna imagen suya, que en algo se asemeje á su Verbo¹, la cual, así formada dentro de nosotros mismos, debe sernos sumamente apreciada y estimada, como lo merece, más que todos los conocimientos de las cosas criadas, más que toda la ciencia de este mundo, y de la estimación nacerá el amor del Ser divino, produciéndose así también en alguna manera el Espíritu Santo, y sellando nuestras potencias con el signo de la Trinidad al mismo tiempo que signamos con su santo nombre nuestras frentes.

II.

10. Pero vengamos á contemplar el sublime misterio, como principio y causa eficiente de nuestra santificación. No sin razón empezamos toda buena obra signándonos corazón y cabeza con la invocación del nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, como que es la Trinidad santísima el principio de toda santidad. Así se revela en la creación y en la reparación de la criatura racional. La humana naturaleza, buena y santa en sí misma, tal como salió de las fecundas manos del Creador, es como la base y el sujeto de la santidad. Por consiguiente, al crear al hombre en aquella dignidad y excelencia que le confirieron las tres divinas Personas, no hay duda sino que obraban como principio de la santificación del hombre. *Hagamos al hombre*, dijeron², como conferenciando entre sí ó poniéndose de acuerdo, dice un ilustre orador³, para darle cada una de ellas lo que le es propio, grabándose en el espíritu

¹ *Avancini*, De myst. SS. Trinit.

² Gen. 1, 26.

³ *P. Ventura*, La Trinidad.

humano y como reproduciéndose en él: el Padre, dándole el entendimiento; el Hijo, la razón; el Espíritu Santo, la voluntad¹. Y de esta suerte el hombre vino á ser, desde su creación, viva imagen de la Trinidad y retrato finito de su Creador. *Ad imaginem Dei creatus est homo*²: privilegio á ninguna otra criatura concedido, como observan San Agustín y Santo Tomás³. ¡Ah! si el hombre hubiese conservado, por su fidelidad á la ley divina, la grandeza nativa, su entendimiento, engendrando santos y nobles pensamientos, habría retratado fielmente á Dios Padre; su razón ó pensamiento, deleitándose en la verdad y no en sí mismo, volviéndose siempre á Dios, y no alejándose de él para contemplar las miserables criaturas, habría representado al Dios Hijo; y la voluntad adherida constantemente al verdadero Bien, amando al mismo Dios, habría sido fiel imagen del Espíritu Santo. El hombre habría hallado en sólo el ejercicio ordenado de sus naturales potencias el secreto fácil de su santificación, según la voluntad del que todo lo hizo bueno⁴.

11. Pero el hombre tuvo la desventura de no conocer ni apreciar su condición excelentísima, y, al pecar y pervertirse, dejando de representar á un Dios en tres Personas, llegó más bien á representar al bruto, hecho semejante á los irracionales⁵. Era fuerza, sabiduría y amor; y pasó á ser flaqueza, desvarío y egoísmo⁶. Fué menester que la misma Trinidad que creara al hombre, bajase del cielo á reformarle y como á crearle por segunda vez, según la expresión sagrada⁷, dándole para

¹ *P. Ventura* l. c. ² Gen. 1, 27 et alibi passim.

³ Deus nulli alii creaturæ dedit, quod ad imaginem suam.

⁴ Vidit Deus cuncta quæ fecerat, et erant valde bona (Gen. 1, 31).

⁵ Ps. 48, 13.

⁶ *P. Ventura* l. c.

⁷ Gal. 6, 15.

la vida sobrenatural algo parecido á cada una de las divinas Personas: el Padre, la fe; el Hijo, la esperanza; y el Espíritu Santo, la caridad. He aquí, hermanos míos, lo que significa y confiere el bautismo, el gran Sacramento de la regeneración espiritual. Y he aquí también cómo la santísima Trinidad vuelve á ser el principio de la santificación del hombre, *renovado á imagen de su Creador en la justicia y santidad de la verdad*¹. Por la fe, el hombre cristiano representa al Padre, pues por ella conoce al Hijo Unigénito de Dios; por la esperanza hácese imagen del Verbo, que nos levantó á esperar bienes eternos en virtud del derecho de coherederos con Él; por la caridad, finalmente, el hombre regenerado en el bautismo por el agua y el Espíritu Santo², expresa evidentemente la tercera Persona divina que lo vivifica. Y de esta suerte, en alas de estas virtudes verdaderamente divinas, unido el hombre á Dios, se remonta á regiones altísimas de santidad, adonde no hubiera llegado jamás con las solas facultades primitivas de conocer y amar. ¡*Bendigamos al Padre y al Hijo con el Santo Espíritu!* ¡*Alabémoslo y sobreensalcémoslo por siglos!*³

12. Y ¡qué no se ha dignado hacer la Trinidad beatísima para comunicar al hombre esos tres elementos de vida sobrenatural, las virtudes teologales que acompañan la infusión de la gracia! Para ese objeto, ó sea para redimirnos del pecado y muerte eterna á gracia y vida perdurable, fué preciso que concurrieran todas tres Personas como á obra en que se había de emplear toda la fuerza del brazo omnipotente. El Padre envió á su Hijo al mundo y se lo dió al hombre por

¹ Eph. 4, 24.² Io. 3, 5.³ Eccl. in Rit.

Redentor¹; el Verbo se hizo carne², habitó entre nosotros y se entregó á la muerte en holocausto³; en fin, el Espíritu Santo hubo de intervenir, así para la Encarnación del Verbo⁴, como para la consumación de la obra, cuya virtud no podría aplicarse sin el concurso y ministerio del Espíritu esencialmente santificador⁵.

13. Por lo cual, para dársenos la gracia, no sólo por el bautismo sino por todos los Sacramentos que la confieren de nuevo ó la acrecientan en el alma justificada, es necesario por institución divina, invocar el nombre y la virtud de la adorable Trinidad, de donde emana, dice San Agustín, todo don, toda gracia y toda virtud. En el nombre de la santísima Trinidad se absuelve al pecador, se dispensa la Eucaristía, se unge al moribundo y se santifica el lazo conyugal. En el nombre de la Trinidad se bendice toda criatura⁶, así como nosotros no sabemos bendecir al Dios del cielo y de la tierra sino nombrando al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo⁷, diciendo con el piadoso Tobías: *Bendigante los cielos, la tierra y el mar*⁸. Y lo que hacemos sobre la tierra, todavía viadores y peregrinos, eso, pero de otro modo perfectísimo nos prometemos hacer por toda la eternidad en el cielo, puesto que la Trinidad beatísima es precisamente el término de toda santificación en la gloria.

III.

14. ¡Ah, sí, la gloria, hermanos míos! he ahí el término adonde nos lleva infaliblemente el camino de

¹ Io. 3, 16.² Io. 1, 14.³ Eph. 5, 2.⁴ Matth. 1, 20.⁵ I Cor. 6, 11.⁶ Ps. 128, 8. — Benedicat vos omnipotens Deus Pater et Filius et Spiritus Sanctus (Eccl.).⁷ Benedicamus Patrem et Filium cum Sancto Spiritu (Eccl.).⁸ Tob. 8, 7.

la santidad: *Videbitur Deus deorum in Sion*¹: hasta llegar á ver y contemplar al verdadero Dios en la Si6n celestial. Tal es la base indefectible de nuestra esperanza, bien s6lidamente fundada en la firmeza de las promesas divinas: *Yo mismo ser6 tu recompensa*², nos ha dicho el que no engaña; y *esta recompensa ser6 grande en demasía*. Porque all6 veremos á Dios como *Él es en sí mismo*³, al descubierto, no ya como le pinta nuestra menguada inteligencia, entre sombras de discurso y velos de misterios. Mas ¿qué otra cosa será ver á Dios en su propia realidad, sino verle uno y trino, como Padre, Hijo y Esp6ritu Santo en la unidad perfect6sima de la esencia divina? Y, si tanta felicidad produce la visi6n, aun instant6nea, de alg6n rayo de la soberana claridad de Dios, la huella sola de sus pies, su misma sombra y reflejo, que bastar6a cualquiera vista de éstas para dejar el 6nimo absorto y el coraz6n fuera de sí por la alegr6a; ¿qué será, hermanos míos, ver frente á frente y *cara á cara*⁴ la Divinidad, y penetrar, dentro de ella misma hasta descubrir en las interioridades del Ser infinito el enigma de su admirable trinidad, hasta averiguar y saber el porqué es Padre, Hijo y Esp6ritu Santo, con perfect6sima identidad y no menos perfecta distinción? ¡Oh vista verdaderamente beat6fica! ¡Oh bienaventuranza de la gloria! ¿quién pudiera asegurarse de tu posesión? ¡Oh lumbré sobre toda lumbré, en cuya comparaci6n la luz del mediodía es un pozo de tinieblas, quién fuera pronto á disfrutar de ti! Esta lumbré no será otra que la del mismo Dios, con la que Él brilla y resplandece en los esplendores

¹ Ps. 83, 8.² Gen. 15, 1.³ 1 Io. 3, 2.⁴ 1 Cor. 13, 12.

eternos de su infinita santidad: *In lumine tuo videbimus lumen*¹. *In splendoribus Sanctorum ex utero ante luciferum genui te*². Esta luz no es otra que la que irradiará del mismo semblante del Alt6simo y se difundirá por todos los ámbitos de la celestial ciudad de Dios. Tal fué la magnífica visi6n del Profeta de las grandes visiones, Isaías, cuando vió al Señor sentado en un excelso trono, llenando el templo de la gloria con los rayos de su majestad, en tanto que los serafines, cubriéndose el rostro con sus alas, cantaban á porfía y sin cesar el himno de la Trinidad, el inmortal Trisagio: *Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos. ¡Ay de mí, miserable hombrecillo lleno de manchas! exclamaba el Profeta, ¿cómo he podido ver con mis propios ojos al Rey de la majestad?*³

15. Ah6 tenéis, hermanos míos, cómo la gloria de la adorable Trinidad será no sólo la eterna bienaventuranza del hombre, sino también la de los mismos ángeles y serafines, los cuales no se cansarán jamás de ver y contemplar y ensalzar aquel misterio de la trinidad en la unidad. *Requiem non habebant dicentes...*⁴ ¿Qué digo? No sólo los ángeles gozarán eternamente absortos en esta contemplaci6n, pero Dios mismo no es feliz de otra manera que contemplándose y amándose, es decir, que siendo trino y uno, gozando de su misma y eterna Trinidad. ¡Oh sublime misterio que regocijas y beatificas al mismo Dios! ¿Cómo no has de formar la suprema bienaventuranza de todos los santos? ¡Á ti, pues, la alabanza, á ti la gloria, á ti la acci6n de gracias por siglos sempiternos, oh bienaventurada

¹ Ps. 35, 10.² Ps. 109, 3.³ Is. 6, 1 sqq.⁴ Apoc. 4, 8.

Trinidad¹! Sea la grande, la primera ocupación de nuestra vida terrestre y mortal aquello que esperamos ha de ser nuestra única ocupación por toda la eternidad: bendecir al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, alabarle y ensalzarlo de todas maneras, vivir como siervos consagrados totalmente al culto de la Trinidad santísima. ¿Cabe felicidad mayor?

16. Pues ¿cuál será la vuestra, oh fieles que no en vano os gloriáis con el título honrosísimo de *Hijos de la Santísima Trinidad*? Y ¿por qué lleváis ese dictado sino porque, no contentos con honrar y reverenciar el augusto misterio como humildes siervos, amáis á la santísima Trinidad con entrañas de filial ternura? Bien hacéis en amar al Ser infinitamente amable, al que es caridad y gracia y comunicación de todos los bienes², al Padre que nos crió, al Hijo que nos redimió, y al Espíritu Santo que nos santificó. Sí, amad con todo vuestro corazón y vuestras fuerzas todas á la Trinidad amabilísima; que así, y solamente así, daréis lleno el primer precepto de la Ley: *Amarás al Señor tu Dios*³: amadla como hijos que se esmeran en complacer á su Padre, imitándole en lo que él más estima, la santidad, pues para santificaros tenéis en el misterio de vuestra devoción el modelo, el principio y el término de toda santidad, el baluarte contra todos los enemigos durante la presente vida, y la escala misteriosa para subir al cielo. Así sea.

¹ Eccl. in offic. Trinit.

² Ead. ibid. in Antiphonis. — 2 Cor. 13, 13.

³ Luc. 10, 27.

SERMÓN PARA LA FIESTA DEL CORPUS

(predicado en Facatativá, con ocasión de la dedicación del templo, 1895).

Triunfo de Jesucristo en la Eucaristía.

. Ambulabo inter vos, et ero Deus vester.
Andaré por vuestras calles, y seré vuestro Dios.
Lev. 26, 12.

I. Sin temor de exagerar, hermanos míos, podemos asegurar que no hay fiesta más solemne ni que más entusiasmo despierte en el pueblo cristiano, que la instituída en la Iglesia hace más de cuatrocientos años para honrar el santísimo Cuerpo de Cristo. Todo en ella es magnífico y pomposo, todo lleno de júbilo y contento, todo respira novedad; porque esta fiesta no envejece ni se eclipsa jamás, sean cualesquiera las circunstancias en que se celebra. Así lo canta el Ángel de las Escuelas, el inspirado vate de la Eucaristía, Santo Tomás de Aquino¹: *Acompañe la alegría á la solemnidad sagrada; resuenen los himnos de alabanza nacidos del corazón; todo sea aquí nuevo, los corazones, las palabras, las obras*. Pues ¿qué será cuando las circunstancias especiales en que se celebra la fiesta del Corpus convidan á redoblar la santa alegría por la novedad, no sólo de las ceremonias sagradas, sino del mismo templo con todo lo que en él se encierra? Acabamos de dedicar con la solemnidad que pide tan augusta ceremonia, esta magnífica basílica que la piedad de un gran pueblo ha sabido levantar en tiempos muy difíciles; justo es que la grande é imponente solemnidad del santísimo Cuerpo de Cristo venga á coronar estas fiestas verdaderamente extraordinarias, así por su objeto como por su pompa.

¹ Hymn. «Sacris sollempniis...» (Eccl. in fest. SS. Sacram.).